

CAPÍTULO I

LA ROSA AMARILLA

(Infidelidad)

Valladolid, mayo de 1935

Los madrugadores rayos del sol comenzaban lentamente a iluminarlo todo. Primero las estancias superiores, las que tenían ventanas en el propio tejado; apenas unos minutos más tarde ya habían alcanzado la galería de la planta superior, formada por unos sobrios arcos de un tardío románico, mientras el frenético piar de los vencejos retumbaba por todo el recinto, en su afán por alimentar a sus pollos nacidos entre las grietas de dovelas y aleros.

Las campanas del convento de Santa Elena comenzaban a sonar, llamando a las monjas al rezo de laudes¹, como cada mañana al amanecer desde el siglo XIII. En completo silencio, las religiosas salían de sus celdas para dirigirse a la capilla a través del adoquinado claustro, siempre guardando un escrupuloso orden. A la cabeza sor Ana, la madre superiora. Tras ella, las hermanas más mayores y con más dificultad para andar, como sor Claudia o sor Teresa. Inmediatamente después estaban aquellas que por sus condiciones físicas aún podían hacerse cargo de las labores más ingratas y duras del convento, como la huerta, la cocina o la limpieza de los cientos de metros cuadrados del sobrio edificio. Por último y a modo de cola de dicha formación estaban las novicias, con independencia de la etapa religiosa en la que se encontrasen.

Una vez en la capilla, frente al imponente retablo de madera policromada, y bajo aquella bóveda de un incipiente e innovador gótico, el Cristo crucificado a tamaño natural, se erigía como único testigo de la devoción, el sacrificio y la entrega de aquellas mujeres, mientras sor Ana desde el púlpito entonaba un «Señor abre mis labios», a lo que el resto de las hermanas respondía con «Y mi boca proclamará tu alabanza», para leer después el Salmo 94, en un ambiente con un olor que solo los años, la humedad y el incienso podían dejar en las paredes.

Todo un universo de oración, compromiso y amor a Dios, dentro de una impresionante estructura de piedra y madera de setecientos años. Estar allí dentro era la mejor forma de acercarse al Señor y no contaminarse con las tentaciones, vicios y distracciones de una sociedad cada vez más enfrentada, crispada y distanciada de la divina palabra.

¹ Oración de la mañana.

Todos los domingos, para officiar la misa de las doce, les visitaba el padre Andrés de la iglesia de Santo Tomás, un blondo, joven y misógino sacerdote, que veía a las monjas como una continua tentación puesta ante sus ojos por Satanás para alejar al hombre del camino del Señor. Apenas se dirigía a las hermanas y, cuando por cualquier razón tenía que pedirles algo o hablar con ellas, lo hacía con visible desprecio y autoridad. No sucedía así con sor Ana, con la que solía tener un trato que se podría considerar incluso afable, no se sabe muy bien si por algún interés oculto, o por ese rancio clasismo que no hacía más que retratarle como un engreído capaz de creerse mejor que otros.

La madre superiora era una mujer de unos sesenta años, educada en la fe católica desde muy niña, de grandes proporciones sin estar obesa, con profundos y expresivos ojos negros que parecía clavar en los demás cuando algo no era de su agrado. Educada, seria y algo distante, solía gustarle marcar las distancias y dejar claro quién mandaba en el convento.

Por aquel entonces y siendo bastante inusual, Guiomar Alonso era la única novicia. Una joven de apenas veintiún años, de rostro céreo, dulce y suaves formas que, desde muy temprana edad, sintió la llamada de Cristo y decidió en cuanto pudo consagrarse a la vida conventual. Hija única de una adinerada familia de Medina del Campo, cuyos padres siempre prefirieron que se hubiese casado con algún buen mozo de la alta sociedad pucelana y les llenase de nietos, antes que dedicar su vida al rezo y la oración. No pocos enfrentamientos supuso en su casa el tomar esa decisión, pero como le dijo en una ocasión Guiomar a su madre: «No hay nada que ame más en este mundo que a Jesús. No concibo la vida sin él».

Sentía verdadera pasión por la figura de Cristo, por sus mensajes y su palabra, y en muchas ocasiones, como si le pareciese poco todo el tiempo que le dedicaba a la oración al cabo del día, ella renunciaba a horas de sueño después de la cena para ir a la capilla y, de rodillas frente a la figura de Jesús en la cruz, comenzar a rezar y a hablar con él, para terminar llorando y besando sus pies, como si fuera el verdadero y único amor de su vida. Incluso en ocasiones realizaba ayunos de más de veinticuatro horas, porque el equilibrio, el sosiego y la paz espiritual que le proporcionaba la abstinencia, le hacían sentirse más cerca de Jesús. Un amor espiritual, un sentimiento sublime, que se elevaba por encima de su cabeza hasta hacer que aquella virginal y frágil mujer alcanzase el cielo de la mano de su amado.

Por todo el mundo era conocido que en muchas ocasiones algunas jovencitas ingresaban en conventos, bien por otorgar un enorme prestigio y consideración social a

la familia, aun en contra de la opinión de la chica, bien por escapar de un matrimonio de conveniencia apañado entre padres, o simplemente por encontrar un espacio donde desarrollar su intelecto, sin interferencias del mundo exterior. Pero ninguna de esas razones coincidía con la decisión de Guiomar. Ella era un ser de luz, una mujer bondadosa, sensible, convencida de que había nacido para servir a Dios, a través de su oración y su trabajo. Llevaba en el convento casi año y medio y soñaba con el día en el que pudiese profesar sus votos y ordenarse monja.

Las labores que había desempeñado Guiomar en el convento habían consistido básicamente en el aprendizaje de la exquisita repostería de sor Lourdes, consistente principalmente en galletas y rosquillas de harina de trigo, huevos, azúcar y almendra picada, que hacían las delicias no solo de las hermanas, sino del resto de habitantes de la ciudad, ya que a través de una pequeña ventana situada en la fachada del edificio, junto a la entrada principal, estos dulces se vendían al público, con el fin de sufragar principalmente los gastos de mantenimiento del conjunto, que el arzobispado y las donaciones no llegaban a cubrir, y para comprar aquellos alimentos básicos que la tierra no les proporcionaba.

También se había encargado de atender y cuidar durante un tiempo a sor Enriqueta, la monja más mayor de todo el convento, que vivía recluida y encerrada desde hacía lustros, en uno de los dormitorios que existían bajo la cubierta.

Nadie aparentemente conocía las razones de su voluntario y deseado aislamiento, que obligaba a llevar a cabo bajo llave y con el deseo de no abrir la puerta de su alcoba bajo ningún concepto, excepto para asearla y dejarle la comida.

Comida que había que prepararle sin una gota de aceite... lo aborrecía. En ocasiones, por las noches, justo después de los maitines², la anciana hermana comenzaba a gritar y tirarlo todo fuera de sí, a la vez que parecía que discutiese violentamente con alguien. Reproches, insultos y alguna leve autolesión terminaban con sus añejos huesos en el suelo, desconsolada, llorando, rendida y completamente agotada. El resto de las hermanas, sobre todo sor Claudia y sor Teresa, las mayores, hacían oídos sordos a estos episodios de locura, pero no dejaban de sorprender al resto, principalmente a Guiomar, la última en llegar, que pensó incluso en negarse a cuidarla por el miedo que le generaba todo aquello. Sor Lourdes tenía la teoría de que un terrible pecado del pasado la martirizaba hasta límites insospechados y la habrían llevado a tomar la decisión del

² Oración nocturna, antes del amanecer.

encierro, además de creer que con quien hablaba sor Enriqueta era directamente con el mismísimo Lucifer.

Al margen de estos desagradables y terroríficos episodios, el trato con ella, además de breve era muy cordial. Un rostro bondadoso y dulce adornado con unos preciosos aunque tristes ojos azules, hacían dudar de que fuese la misma ancianita que montaba en cólera algunas noches.

El jardín del claustro, antaño un auténtico vergel donde cientos de rosas, azaleas, lirios o crisantemos hacían las delicias de quien pasase junto a él, se había convertido en una especie de pequeña selva, donde malvas, hiedras y cardos borriqueros crecían a su antojo después de que sor Claudia tuviese que abandonar su mantenimiento cuatro años atrás, debido a su edad y sus problemas de salud. Entre varias hermanas consiguieron mantener la huerta aledaña al convento por razones obvias, pero el precioso jardín del claustro, con su manantial, tuvieron que abandonarlo a su suerte, creando no poco malestar entre las hermanas.

Un buen día se decidió que había que devolver a ese espacio la belleza, luz y equilibrio espiritual que un día tuvo, por lo que la madre superiora decidió que se encargase Guiomar tanto de esa labor como del mantenimiento de la huerta, como muestra inequívoca de su compromiso con el trabajo y el bienestar de su comunidad religiosa. No era tarea fácil, porque, aunque los rosales invisibles bajo la maleza, con una buena poda se podrían sanear y salvar, otras especies como los crisantemos, petunias o claveles habían sucumbido ahogadas entre el pasto.

Guiomar aceptó el reto, como no podía ser de otra manera, ilusionada, con la intención de demostrar al resto su valía y su sentido del deber. Al día siguiente, se puso manos a la obra y, armada con un azadón y una hoz, comenzó a cortar la maleza, para después voltear la tierra y arrancar las raíces. Hacía mucho calor y, aunque se lo tomaba con calma, el hábito de lana, la cofia y el velo no le ayudaban en nada.

Hacía un enorme esfuerzo por cumplir con su tarea, algo que, sin duda haría que su reputación e imagen frente a las demás creciese considerablemente... pero no era trabajo para una mujer de poco más de cincuenta kilos, vestida prácticamente de la cabeza a los pies de negro y con un inmisericorde sol.

No llevaría más de una hora trabajando cuando de repente se empezó a marear y cayó redonda al suelo, inconsciente, con tan mala suerte que no se la veía, debido a la altura de la maleza, que en algunas zonas sobrepasaba el metro.

Nadie la echó en falta hasta que en el refectorio³, la hermana lectora encargada de amenizar la comida con las lecturas de Santa Teresa de Jesús, se dio cuenta de que faltaba el distintivo velo blanco de la novicia Guiomar.

Rápidamente tres de las hermanas abandonaron el refectorio para ir a buscarla. Cuando llegaron al jardín, la encontraron a pleno sol, inconsciente entre la espesura. Sor Pilar, la monja encargada de tocar el pequeño órgano de la capilla, le tomó el pulso en el cuello comprobando que solo se trataba de un desvanecimiento a consecuencia del calor. Entre las tres la llevaron a su habitación como buenamente pudieron y la tumbaron en la cama para retirarles el velo, la cofia y el escapulario⁴. Le dieron agua fresca y con un libro a modo de improvisado abanico consiguieron que, al cabo de unos minutos, Guiomar volviese en sí, aunque ligeramente aturdida y desorientada por lo ocurrido. Más tarde apareció sor Lourdes con un caramelo introducido en medio limón a modo de refrigerio, que la novicia comenzó a chupar para reponerse lo antes posible. El resto de la tarde Guiomar permaneció en su celda, descansando y reflexionando sobre lo sucedido.

La madre superiora, convencida por el resto de las hermanas, llegó a la conclusión de que poner al día el jardín, con sus casi novecientos metros cuadrados de superficie, representaba un trabajo demasiado duro para cualquiera de ellas, y que era preciso buscar a alguien del exterior que se encargase al menos de la retirada de la maleza y el saneamiento de la tierra.

Al domingo siguiente y tras la misa de las doce, sor Ana abordó al padre Andrés, antes de que este abandonase la capilla.

—Padre, disculpe.

—Dígame hermana —dijo con cierta altanería.

—Mire... teníamos la intención de arreglar el jardín del claustro. Como ha podido comprobar usted mismo, está hecho una pena y empobrece la imagen del convento. Hemos intentado hacerlo nosotras, pero es muchísimo trabajo y no disponemos de personal. Ya sabe usted, padre, que no somos muchas. Hemos pensado en traer a alguien de la ciudad para que se encargue de ello, pero no podemos pagarle mucho. Si usted pudiese encontrar a alguien que se apiadase de nosotras y quisiera echarnos una mano, sería de gran ayuda —dijo sumisamente sor Ana con una ligera caída de ojos, esperando que la petición fuese del agrado del cura.

³ Sala de los conventos a modo de comedor.

⁴ Prenda de vestir que cubre pecho y espalda.

—Entiendo... —dijo mientras reflexionaba brevemente—. Quizás tenga a la persona que necesitan. Es el hijo de una feligresa. Lleva un par de jardines aquí en Valladolid y, si hablo con la madre, seguro que le convence para que lo haga por cuatro perras. —Asintió con la cabeza.

—¿Qué años tiene el chico? No me gustaría que fuese joven, prefiero un hombre mayor... Ya sabe, quien evita la tentación, evita el peligro. No quiero problemas en mi convento —exclamó la madre superiora, algo incómoda.

—Pero si es un trabajo duro, un hombre mayor va a estar muy limitado, este mozo que le comento tendrá unos treinta años, pero puede usted estar totalmente tranquila... El Señor no le ha dotado de masculinidad alguna.

Es afeminado, introvertido, le encantan las flores y, que yo sepa, no se le ha conocido novia alguna hasta el momento. De hecho, su madre está desesperada, porque es el único varón de cuatro hijos y, a este paso, ve que no le casa. Por ahí se comenta que es marica —manifestó bajando la voz y aproximándose a la cara de sor Ana.

—En ese caso y si usted me asegura que no representa ningún problema en ese sentido, si no es mucha molestia, mándemelo cuando pueda y le explicaré en qué consiste el trabajo —respondió mucho más aliviada.

—Déjelo de mi cuenta, yo me encargo —contestó dándose la vuelta para marcharse.

—Le estoy muy agradecida, padre. ¡Que Dios le bendiga! —exclamó alzando la voz ligeramente mientras el padre Andrés se perdía entre las luces y sombras del claustro.

Un par de días más tarde, la hermana Teresa se encontraba apoyada en el alféizar del ventanuco por donde se vendían los dulces. A duras penas y cuando su reuma se lo permitía, solía acercarse hasta aquel agujero en la pared, para pasarse un buen rato observando el bullicio de los críos mientras jugaban a la pelota en el pequeño descampado próximo al convento. Siempre los miraba con una sonrisa, a la vez que movía la cabeza ligeramente para enfocar la vista con sus negras gafas de pasta. Le encantaban los niños y a esas alturas de su vida, allí sola, seguramente se preguntaba si tomó el camino acertado. Un camino dedicado a ayudar a los demás, al Señor y a sí misma, del que en parte no se arrepentía o un camino amando a un hombre y formando una familia con tres o cuatro mocosos. A veces reflexionaba sobre aquello y en cierta forma lamentaba no haber tenido el valor de haber tomado otro rumbo para su vida, cuando aún estaba a tiempo. Al ver la forma en la que miraba a los niños, con cierto anhelo, era innegable afirmar que sor Teresa hubiese sido una entregada y maravillosa madre.

De repente, un hombre atravesó el descampado y se dirigió hasta la ventana. Una vez frente a la hermana Teresa, se presentó como Miguel Barrios, el jardinero, y solicitó hablar con la madre superiora. Sor Teresa volvió a la realidad rápidamente después de estar ensimismada y tocó la campanilla que existía junto al ventanuco, para que cualquier otra hermana que la oyese se acercase a la entrada y atendiese a la visita.

Miguel tenía treinta y un años, era alto e iba peinado hacia atrás; solía vestir ropa holgada, seguramente heredada de alguien más grueso, que, junto a su extrema delgadez, le daban un cierto aspecto famélico y bohemio. Era de familia muy humilde, educado, introvertido y amanerado, sin llegar a ser obsceno o grosero.

Sus largos pasos, movimientos suaves y mirada tierna, además de su pasión por las flores, habían hecho de él el hazmerreír de sus compañeros de colegio, hasta tal punto que llegó a recibir alguna que otra agresión en su infancia, a la vez que le llamaban «maricón», «sarasa» o «comerrabos». No era de extrañar que, años después, media Pucela diese por hecho que era homosexual.

El jardinero fue conducido hasta el despacho de sor Ana, una estancia sobria, paupérrima y algo lúgubre que albergaba aparte de una pequeña mesa y un par de sillas, un crucifijo en la pared y un lienzo de Luis Tristán representando a san Jerónimo, seguramente donado por alguien y que parecía estar ahí como fedatario de todas las conversaciones. En ese contexto, la madre superiora pretendía dejarle las cosas claras y fijar las condiciones del trabajo.

—Buenas tardes, hermana. Soy Miguel Barrios, el jardinero. Me envía el padre Andrés —dijo tímidamente tras llamar a la puerta y entornarla.

—Buenas tardes, Miguel. Pase y siéntese, por favor. Como seguramente ya le habrá comentado el padre, necesitamos algo de ayuda con el jardín del claustro. Lleva abandonado varios años y está lleno de maleza que habría que retirar, remover la tierra y sanearlo todo. La pega es que no podemos pagarle mucho, lo siento, porque nuestros recursos son muy limitados —le comentó sor Ana yendo directamente al grano, mientras Miguel asentía con la cabeza.

—No se preocupe por el dinero. Cuando termine el trabajo y en función de lo contenta que haya quedado usted conmigo, págume lo que considere. Cualquier cantidad me parecerá bien. Lo que ocurre es que yo no puedo venir todos los días. Llevo un par de jardines grandes, que me dejan poco tiempo libre.

—No importa, puede venir usted cuando quiera. Por cierto... si le parece bien, con usted estará Guiomar, una novicia que es la persona que se hará cargo del jardín y la

huerta una vez que esté todo terminado. Así se irá familiarizando con la tarea y aprenderá de usted lo necesario para mantenerlo todo en un estado acorde con la belleza de este edificio —exclamó casi improvisando y tras observar que los ademanes del jardinero no atraerían a Asmodeo⁵.

—Bien, no hay ningún problema. Será bueno tener compañía —comentó Miguel con las piernas juntas y cruzadas, y ambas manos apoyadas sobre una de sus rodillas.

—Pues entonces, ya le comentaré al resto de hermanas que va a venir, y que le faciliten todo lo que necesite. Todas le estamos muy agradecidas. ¡Vaya con Dios! —Se despidió de él, dándole la mano a la vez que Miguel se inclinaba ligeramente en señal de respeto.

Varios días más tarde, Miguel comenzó a trabajar en el jardín, con la ayuda de Guiomar. Él iba cortando con la hoz la espesa hierba, mientras ella la amontonaba en una esquina para hacerla haces más tarde. El pudor provocaba que ambos no hablasen mucho, sobre todo al principio. A él le incomodaban mucho los silencios, que en ocasiones llegaban a ser de más de dos horas, mientras que ella se esforzaba por mantener las distancias, y solo cuando sus miradas se cruzaban aleatoriamente, lo único que hacía era obsequiarle con una tenue sonrisa.

Los días fueron pasando y aquella pueril y estúpida actitud por parte de ambos no tenía lógica alguna, por lo que un buen día Miguel decidió acabar con aquel sinsentido.

—Hermana Guiomar, ¿lleva usted mucho tiempo siendo monja? —preguntó con cierta timidez.

—En realidad aún no lo soy. Llevo casi año y medio de novicia y para profesar mis votos y ordenarme monja, todavía debo pasar antes por el juniorado⁶ —comentó sin mirarle a la cara, mientras Miguel se quedó un poco perplejo—. De hecho, no debería dirigirse a mí como hermana, porque aún no lo soy.

—En ese caso, ¿cómo prefiere que la llame? —espetó Miguel.

—Puede llamarme novicia Guiomar o Guiomar a secas —comentó.

—Bien. Entendido. ¿No cree usted Guiomar que toda esta situación es un poco absurda? —dijo Miguel intentando hacerla reflexionar.

—¿A qué se refiere? No entiendo qué quiere decir —comentó extrañada.

⁵ Demonio del pecado capital de la lujuria.

⁶ Periodo de tres años entre el noviciado y la ordenación como monja.

—Me refiero a que es un poco absurdo que no hablemos entre nosotros cuando estamos trabajando juntos. Entiendo que pertenecemos a mundos totalmente distintos, pero es obvio que usted está a la defensiva conmigo, cuando ni siquiera me conoce. Creo, y discúlpeme si me equivoco, que usted mantiene las distancias conmigo porque soy un hombre y teme que ciertas tentaciones o dudas surjan en su interior y hagan tambalearse esos cimientos tan castos y católicos de los que usted se enorgullece. Al final todo se resume en una falta de confianza en sí misma, porque si usted estuviese y se sintiese segura sobre sus convicciones, no temería a nada ni a nadie —sentenció Miguel, con cierto hartazgo.

—¡Usted es un grosero! No sé cómo se atreve a hablarme así, cuando usted tampoco me conoce —dijo Guiomar visiblemente molesta, aunque conteniéndose.

—Seguramente tenga razón, soy un grosero. Discúlpeme... pero ya que yo no la conozco y usted no me conoce a mí... ¿Qué mejor manera de arreglar esto, que el que seamos amigos? —dijo sonriendo—. No debe temer nada de mí, no la pondré en ningún aprieto, se lo puedo asegurar. Nunca me interesaron las mujeres, si es eso lo que le preocupa. Dentro de un tiempo, acabaré mi trabajo aquí y no me volverá a ver nunca —volvió a decir intentando tranquilizarla.

—De acuerdo, me parece bien. ¡Seamos amigos! —comentó Guiomar más sosegada y entendiendo que esos afeminados movimientos no representarían ninguna tentación, más allá de una posible buena amistad.

Aquella tensa conversación fue un antes y un después en la relación que ambos mantenían.

A la semana siguiente, ya en el mes de junio, el calor era asfixiante y se hacía prácticamente imposible permanecer al sol, aunque fuese por un corto periodo de tiempo. Entonces se decidió trabajar por la mañana temprano después de laudes, o por la tarde cuando la sombra del convento cubría todo el jardín, y únicamente los días que podía acercarse Miguel, para que la novicia no estuviese sola.

El jardinero en cierta forma se sentía algo incómodo con la manera en la que habló a Guiomar, y pensó que una bonita forma de pedirle disculpas por su atrevido análisis era hacerle un regalo.

—Guiomar, le he traído un pequeño obsequio, para disculparme formalmente por la forma en la que le hablé la semana pasada. Espero que le guste —dijo Miguel con la mirada algo baja, mientras sacaba de uno de los bolsillos de su amplio pantalón un pequeño libro de pastas marrones.

—Pero... Miguel, no hacía falta esto. Ya quedó claro el otro día que los dos nos aventuramos a hacer juicios innecesarios —dijo sorprendida por tan precioso detalle, a la vez que leyó la portada—. *El lenguaje de las flores*, por Florencio Jazmín. ¿Y esto? Qué maravilla —espetó visiblemente contenta—. Desconocía que hubiese un lenguaje asociado a las flores. ¡Qué interesante!

—Sí, desde el siglo XIX. Cada flor tiene un significado o un mensaje y he pensado que... ya que se va a hacer cargo usted del jardín, le gustaría tenerlo.

—Muchísimas gracias, pero no era necesario —le dijo mientras se daban la mano.

Esa noche, mientras Guiomar se encontraba en su celda, hojeando el libro que le había regalado Miguel, oyó cómo, junto a la tapia de la huerta, lloraba un bebé. El llanto apenas se oía y rápidamente se vistió para acercarse y comprobar si alguien había abandonado allí a un recién nacido. A medida que se iba acercando, el llanto se oía con más nitidez. Una vez en el lugar, el llanto desapareció y Guiomar, aprovechando la escalera que usaban las hermanas para recoger la fruta de los árboles, la apoyó sobre la tapia y se asomó hacia el lado exterior, que daba directamente a una calle. En la calle no había nadie y tampoco se observaba la presencia de ningún bebé. Ligeramente confundida, regresó a su habitación, pero antes de entrar en el dormitorio, la madre superiora la abordó.

—¿De dónde vienes a estas horas? —le dijo a Guiomar de manera inquisitoria.

—Vengo de la tapia de la huerta, me pareció oír el llanto de un niño —comentó sin saber explicar lo sucedido.

—¿Niños? ¿En la tapia? Imposible. Cuando alguna vez nos han dejado algún recién nacido, lo han hecho en la entrada principal. Nadie abandonaría un bebé en una tapia —dijo visiblemente molesta—. Seguramente hayan sido los gatos. A veces cuando son pequeños, parecen llorar igual que un bebé.

—Sí... puede que haya sido eso. Perdóne si la he despertado. Hasta mañana —afirmó la novicia mientras se giró para acceder a su alcoba.

—Hasta mañana. ¡Y si lo vuelves a oír, recuerda que son gatos! —exclamó sor Ana a la vez que se perdía en la oscuridad del pasillo.

El tiempo iba pasando muy rápidamente; los días dejaban pocos huecos libres entre la oración y el agotador trabajo, pero aun así Guiomar y Miguel comenzaron a ser buenos amigos, aunque se siguiesen hablando de usted. Solían tener interesantes y profundas conversaciones mientras trabajaban, acerca de la desagradable y dura infancia de él y la envidiable y dichosa infancia de ella. También hablaban acerca de Dios, la

familia o la situación política. En algunas ocasiones, mientras limpiaban de zarzas o hierbajos el jardín, salía corriendo algún ratoncillo o lagartija, que hacía que Guiomar comenzase a correr como si hubiese visto al diablo, a la vez que se subía a algún saliente rocoso del claustro, generando en el jardinero no pocas risas. Miguel debía prometerle a Guiomar que el animal se había marchado para que esta bajase de su atalaya y continuase con su labor. Sin embargo, en otras ocasiones era ella quien se reía modestamente de él, cuando este tropezaba con alguna piedra oculta en la espesura, y caía al suelo de nalgas.

El trabajo de limpieza y saneamiento del jardín del claustro estaba próximo a su fin y se planteaba entonces el siguiente dilema: ¿quién se encargaría de podar los rosales, organizar los parterres y plantar todas las flores que debían transmitir el encanto y la hermosura de antaño? Estaba claro que, aunque el mantenimiento del jardín podía llevarse a cabo por la novicia, de momento la ayuda y los conocimientos del jardinero eran indispensables para poner en marcha todo aquel proyecto.

Por ese motivo el jardinero fue a hablar con la madre superiora, para ofrecerse a terminar de diseñar, organizar y plantar el jardín, a lo que sor Ana accedió de buen grado, sabiendo que cualquier cantidad de dinero le bastaría al hombre para dar por saldado el trabajo.

Cuando Miguel se lo comunicó a Guiomar, esta se alegró mucho y le abrazó instintivamente como muestra de cariño, para pasar a retirarse inmediatamente en cuanto se percató de lo que había hecho, visiblemente avergonzada por tan natural y a la vez atrevido gesto.

Fue el domingo en misa de doce, mientras sor Pilar interpretaba en el órgano el bellísimo *Ave María* de Schubert, cuando Guiomar, entre aquella universal y mágica atmósfera, se confesaba mentalmente ante la figura de Cristo y le pedía que le diese fuerzas para no dejarse llevar y mantenerse fiel a su compromiso con Jesús.

Poco tiempo después de aquello, comenzaron los trabajos de poda de los rosales, delimitación de las diferentes zonas y plantación de las primeras plantas de flor, pero esta vez Guiomar se cuidaba muy mucho de mantener las formas y no dejarse llevar por la cada día más sólida amistad y simpatía que sentía hacia Miguel.

Ese enfriamiento entre ellos, generado y mantenido por la novicia, cada día era más patente, y Miguel convencido de que algo la preocupaba o que algo la había molestado de él, pensó en proponerle un juego que consistía en decir con flores aquellas cosas que les preocupasen o no se atreviesen a decir el uno al otro.

La única regla del juego era que las flores debían dejarse junto al manantial. De esta forma el jardinero averiguaría lo que habría provocado ese distanciamiento tan evidente entre ellos.

La primera flor la dejó él junto al manantial, y fue una hortensia. Cuando Guiomar la vio, salió de manera apresurada hacia su habitación para coger el libro de *El lenguaje de las flores* y poder traducir el mensaje. Cuál fue su sorpresa cuando leyó que la hortensia significaba «sois muy fría». Guiomar reflexionó sobre aquello algunas horas y llegó a la conclusión de que su camino como religiosa no debería aislarla de las buenas personas, y que era perfectamente compatible el mantenerse firme en sus convicciones morales con tener un trato afable y cercano hacia Miguel, sin que esto supusiese ningún problema, siempre y cuando ella misma tuviese claro dónde estaban los límites.

Dos días después, cuando volvieron a coincidir, Guiomar a primera hora de la mañana ya había dejado su respuesta en el manantial, con dos flores: un botón de azucena y una pluma de la reina. Cuando Miguel las vio, pudo interpretar rápidamente el mensaje sin necesidad de ningún libro. La respuesta de Guiomar decía: «perdón, agradezco vuestras bondades».

El divertido juego poco a poco se convirtió en una forma de comunicación paralela a la que ellos en sus días de trabajo mantenían. Era realmente curioso cómo podían hablar con total normalidad en su día a día y luego dejarse mensajes a través de las flores, como si fuesen otras personas totalmente distintas. Se podría decir que sus corazones hablaban a través de aquellos preciosos y coloridos pétalos, mientras que sus cuerpos se limitaban a mantener una relación puramente laboral, aunque eso sí, cordial y amena.

Ya en el mes de julio, los trabajos del jardín estaban cerca de concluir. El enorme esfuerzo de ambos había merecido la pena, y cientos de flores hacían las delicias de todo el que presenciase aquello. Mariposas y abejas no quedaban indiferentes ante tan descomunal despensa, y los aromas de rosas, gladiolos o jacintos, entre otros, se dejaban notar a veces incluso dentro de las celdas.

Miguel se encontraba agachado quitando una mala hierba de un parterre, mientras Guiomar se acercó para pedirle unas tijeras. Este al levantarse, se giró bruscamente con el hierbajo en la mano, con tan mala suerte que se lo introdujo en el ojo a la novicia, lo que provocó que esta se echase rápidamente las manos a la cara y empezase a quejarse del golpe. El jardinero asustado apartó las manos de su cara para ver si había sufrido algún daño o tenía algún cuerpo extraño en el ojo.

Él, con los pulgares de aquellas huesudas y callosas manos, levantó ligeramente el párpado. Ella no sabía muy bien cómo comportarse mientras tenía a escasos quince centímetros de su cara los labios de un hombre. Miguel, tras confirmar que todo había quedado en un susto y que no había nada en aquel almendrado ojo, deslizó el dorso de su mano por la mejilla de Guiomar, muy lentamente, como quien acaricia un anacarado terciopelo. Él continuó recorriendo aquel virginal rostro con su mano, mientras ella cerraba suavemente los ojos, y él no podía evitar aquel torrente de sensaciones. De repente, Guiomar bajó la cabeza y asustada abandonó el lugar a toda prisa, dejando al jardinero pensativo e inmóvil, como si no supiese qué es lo que le había llevado a poner a la novicia ante tal tesitura. Ambos se encontraban en una situación anómala para lo que se suponía que eran sus naturalezas.

Poco tiempo después Miguel dejó en el manantial un botón de azucena, para pedirle perdón a Guiomar, pero ella ni siquiera se acercó a recogerlo. Ella se encontraba recluida prácticamente todo el día en la capilla y estaba convencida de que cuanto más rezase y pidiese perdón a Cristo por sus debilidades, más cerca se encontraría de Dios. A veces deseaba que Miguel desapareciese de su vida y pedía a Jesús que se lo llevase para siempre, pero en el fondo no sentía lo que decía. La situación le creó tal ansiedad que comenzó a dejar de comer y a mal dormir, lo que hizo que unas oscuras y grandes ojeras apareciesen en aquel bello rostro. Algunas hermanas se percataron de que algo le sucedía a la novicia, pero Guiomar les dijo que se encontraba muy agotada por el trabajo del jardín. Sor Ana decidió que no fuese a ayudar al jardinero y así podría descansar, recuperarse y centrarse un poco más en el estudio y la oración, cosa que Guiomar agradeció enormemente.

El jardinero siguió yendo a trabajar los días acordados, pero Guiomar no apareció. Cuando él preguntaba por ella, siempre le decían que estaba descansando.

Miguel no negaba que pudiera estar cansada del incesante y agotador trabajo de jardinería, pero conocía perfectamente la verdadera causa de su ausencia: no quería verle. Cuanto más se acercaba a él, más se alejaba de Cristo.

Durante más de dos semanas, Miguel fue dejando todos y cada uno de los días un botón de azucena en señal de arrepentimiento, con la esperanza de que algún día ella apareciese y lo recogiese, pero no fue así.

Una de aquellas noches, sor Enriqueta volvió a tener un episodio de locura, pero esta vez las cosas fueron un poco más allá. Por su propia seguridad, hacía mucho tiempo que se había determinado condenar la ventana de su alcoba para evitar que se precipitase,

pero la anciana hermana, ayudándose de una cuchara y un tenedor, forzó el pequeño candado que la mantenía cerrada. El golpe que generó la virulencia con la que abrió las hojas de esta y la consiguiente rotura de los cristales fue lo que alertó al resto de monjas de que sor Enriqueta había conseguido abrir la ventana. Cuando llegaron, la anciana ya se encontraba subida a un taburete y con medio cuerpo asomando al vacío, descalza y sin la cofia y el velo, lo que dejaba al descubierto una rebelde y larga melena de color plata, a la vez que pedía perdón y aseguraba a gritos que era la única forma de saldar la deuda que mantenía. La retiraron de la ventana como pudieron y la tumbaron en la cama, donde por orden de sor Ana fue atada de brazos y piernas al camastro con unas correas, hasta que se tranquilizase. Aquella situación, lejos de calmarla, lo que hizo es que empezase a blasfemar y a insultar al resto de hermanas, como si estuviese poseída por Satanás. La imagen de aquella vieja y sudorosa mujer con el pelo por la cara, cuyas embestidas conseguían mover la cama, aun estando atada, con aquellos pies resecos y agrietados, de largas y gruesas uñas, convertían todo aquel escenario en algo verdaderamente terrorífico.

A la mañana siguiente, y tras haber condenado la ventana, esta vez con un candado visiblemente más grande y sustituido por algunas tablas los cristales rotos, se procedió a soltar de sus ataduras a sor Enriqueta, que ya se encontraba bastante más tranquila, aunque notoriamente agotada y hundida. Guiomar fue la encargada aquella tarde de llevarle la comida. La anciana se encontraba sentada en una silla, de espaldas a la puerta, esta vez perfectamente vestida y con la mirada perdida en el poco cielo que se podía ver a través de los escasos cristales de la ventana que habían quedado indemnes.

La novicia no pudo resistirse e intentó averiguar qué es lo que atormentaba a aquella mujer.

—Sor Enriqueta, soy Guiomar, la novicia —dijo sin alzar mucho la voz, mientras era ignorada por la anciana—. ¿Qué tal se encuentra hoy?

—Por favor, deje la comida en la mesa y váyase —espetó sin apartar sus cianóticos ojos de la ventana.

—Sí, por supuesto. Aquí se lo dejo —comentó la novicia, entendiendo que no le sacaría ni una palabra acerca de lo que le sucedía y encaminándose hacia la puerta para abandonar la celda.

—Hay decisiones en la vida que te condenan al fuego del averno⁷ durante toda la eternidad. Haga siempre caso a su corazón y no se traicione. Recuerde que es Dios quien

⁷ Infierno.

nos elige, y no nosotras a él —dijo sin girarse y con solemnidad, como sabiendo perfectamente lo que decía.

Guiomar se detuvo un momento para escucharla y abandonó el lugar sin mediar palabra. Aquellas frases resonaron una y otra vez en su cabeza durante toda la noche, evitando que pudiese conciliar el sueño correctamente. ¿Qué habría querido decirle con aquellas palabras? ¿Sabía algo de la relación de Guiomar con Miguel?

La novicia, después de más de dos semanas sin trabajar en el jardín y por lo tanto sin ver al jardinero, además de centrada principalmente en la oración, recuperó su serenidad emocional y sus cimientos morales se encontraban de nuevo sin fisura alguna. Las debilidades y las dudas, gracias a Dios, habían quedado atrás.

Una calurosa tarde, llamaron a la puerta del convento, golpeando fuertemente la aldaba. No era otro que el sudado Aurelio, uno de los operarios de la fábrica de harinas, que como cada quincena llevaba a las hermanas su pedido de sal, azúcar y levadura, además de la harina. Al entrar en el convento pudo ver a Miguel trabajando en el jardín y ambos se reconocieron y saludaron con un leve movimiento de cabeza.

Aurelio era un hombre obeso, que fumaba tabaco negro y cuyo cinturón parecía pedir clemencia. Además de mal encarado, solía mirar a las monjas de arriba abajo a la vez que escupía al suelo en ocasiones, sin importarle que estuviese en un lugar sagrado. Le gustaba mucho el dinero y se rumoreaba por algunos bares del centro de Valladolid que solía frecuentar para embriagarse hasta perder el sentido, que aparte de incrementar por su cuenta el precio de los productos para el convento sin que la fábrica lo supiese, también solía reírse de la ignorancia de las monjas respecto a este tema. Se vanagloriaba y presumía de ser un convencido anarquista y un activo sindicalista, con capacidad para promover parones de algunas horas en la fábrica, a cambio de la loable intención de subidas salariales o mejoras en las condiciones de los trabajadores.

Una mañana de agosto apareció Miguel para terminar de perfilar unos últimos detalles. La ruidosa y molesta chicharra vaticinaba una jornada infernal, aunque dentro del jardín existía otro ambiente mucho más fresco, gracias principalmente a la cantidad de vegetación y a la extensa sombra generada por la altura del edificio. Se acercó al manantial y cuál fue su sorpresa cuando descubrió que el botón de azucena no estaba, y en su lugar Guiomar había dejado una boca de dragón roja y una margarita grande blanca, que significaban «reconciliación y olvido de lo pasado». Esto llenó de júbilo al jardinero, pero ese júbilo no fue nada comparado con las sensaciones que experimentó cuando vio entrar a la novicia en el jardín.

Él no sabía muy bien cómo actuar y se limitó a situarse delante de ella y decirle que la había echado de menos y que se alegraba mucho de verla. Ella, sin embargo, actuaba cordialmente, aunque con cierta precaución, cuidando en exceso sus movimientos y la forma en la que se dirigía a él. A partir de aquel día comenzaron a tutearse y el reloj de su amistad volvió a ponerse en marcha.

Lo que ambos no sabían aún, es que al igual que no se puede detener el florecimiento de un capullo cuando llega la primavera, tampoco se puede ir contra natura cuando dos corazones laten a la vez.

En los dos días siguientes, el trato entre ellos comenzó a ser más fluido y natural, y no tan impostado, pero el trabajo había llegado a su fin y el fatídico día de la despedida llegó.

—Bueno, Guiomar, aquí se separan nuestras vidas —dijo Miguel con tristeza en sus ojos.

—Lo sé —contestó ella aguantándose las lágrimas.

—Siento mucho haberte puesto en ciertos aprietos, pero llegué a estar muy confuso en mis sentimientos hacia ti. Y no te voy a engañar... siento mucho afecto por ti —comentó apretando fuertemente la mandíbula.

—Yo también siento haberte dado a entender, a lo mejor, cosas que no eran. Llegué a estar muy perdida y hecha un verdadero lío, pero al final todo ha vuelto a su ser y ha sido una bonita experiencia el trabajar contigo todo este tiempo. Además, he aprendido muchísimo de jardinería y he hecho un buen amigo. ¿Qué más puedo pedir? —espetó sonriendo, mientras sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

—Deseo que te vaya bien. Adiós —dijo él dirigiéndose hacia la salida del convento mientras ella se despedía con la mano, incapaz de articular palabra alguna.

Cuando la puerta del convento se cerró y el portazo retumbó por todo el claustro, Guiomar cerró los ojos y comenzó a llorar desconsoladamente. Aquel sonoro golpe hizo que ella sintiese una acerada y fría daga entrando en su pecho.

Los días siguientes a la partida de Miguel no fueron mucho mejores, como ella esperaba. No paraba de leer una y otra vez el libro que él le había regalado y olía insistentemente sus tapas, con la esperanza de recordar el olor de sus manos. A veces se perdía entre rosas, verdolagas o claveles como un alma errante, para terminar junto al manantial, esperando que apareciese una flor que aliviase su desazón. No tenía paz, y cuando la recuperaba y volvía a sentirse fuerte en sus convicciones, se acercaba a la capilla y, frente a Jesús, le pedía más fuerza y determinación para olvidar aquello que no

le convenía y poder centrarse de nuevo en el proyecto de vida que le había llevado a ella a enfrentarse a sus padres por estar allí, junto a sus hermanas.

Pasaron las semanas, pero lejos de mejorar, Guiomar se encontraba cada vez más y más confundida. Cada rincón, cada centímetro cuadrado de aquel exuberante jardín, no hacía otra cosa que recordarle a Miguel. Volvió de nuevo a perder algo de peso y su ánimo estaba por los suelos. Le añoraba, deseaba verle por encima de todas las cosas y no podría descansar hasta que lo consiguiese. Su desesperación era patente.

Una oscura noche, Guiomar se despertó de repente. En la lejanía, volvió a escuchar el llanto de un bebé. Salió de su habitación con mucho cuidado de no hacer ruido, y desde la privilegiada vista que le proporcionaba la segunda planta, pudo observar cómo unas pequeñas lucecitas se movían en círculos alrededor del manantial.

Al principio creyó que podía ser el reflejo de los ojos de los gatos, que seguramente fuesen también los responsables del llanto, pero lo descartó prácticamente de inmediato al comprobar que las luces, además de moverse en círculos, lo hacían de arriba abajo... movimientos ciertamente muy extraños para unos mininos. También pensó que podía tratarse de luciérnagas, pero estas eran muchísimo más pequeñas que aquellas blancas luces.

Ante la duda y lejos de asustarse, decidió coger su lámpara de aceite y bajar al jardín para comprobar ella misma de qué se trataba. En una mano llevaba la lámpara, mientras que con la otra cogía fuertemente el crucifijo que colgaba de su cuello. No había luna y una desagradable ventolera movía incesantemente toda la vegetación. Los llantos del niño no cesaban, pero una vez dentro del jardín, en tanto se dirigía hacia el manantial, las luces desaparecieron y el llanto cesó de repente, sin poder determinar el punto exacto de donde provenía. Atónita por lo que acaba de experimentar, en ese momento el viento apagó la llama de la lámpara, lo que obligó a la novicia a volver a su celda casi a ciegas y no sin cierto temor, a la vez que susurraba el padrenuestro para sentirse segura. Una vez en la habitación, respiró aliviada y aunque algo nerviosa, más tarde consiguió dormirse de nuevo.